

# ¿EL «VELO» DE PENÉLOPE? ¿LA «CAJA» DE PANDORA?

Por *Juan Jiménez Fernández*  
Profesor Titular de Universidad  
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

## Resumen

En este artículo se analizan dos expresiones fijas de origen griego en el español y se precisa su verdadero significado. Asimismo se pretende corregir errores de bulto que alguien introdujo en su día y que otros tienden a perpetuarlos por falta de rigor crítico y de la consulta pertinente a las fuentes fidedignas.

## Abstract

**In this article two Spanish set phrases of Greek origin are analysed and their real meaning is exactly stated. In addition, we aim at correcting serious errors somebody introduced at a given moment and that others tend to perpetuate by lacking critical precision and not consulting reliable sources.**

**S**on muchas las frases tópicas de inspiración helénica que, codificadas por el uso, se han instalado en nuestra lengua. En general, apuntan a episodios (hechos, objetos, diversas circunstancias, etc.) de personajes célebres ya mitológicos ya literarios (a veces coincidentes) ya históricos que, en sentido amplio, han servido de referentes paradigmáticos a una tradición culta que las ha fijado en el idioma con un valor paremiológico. A partir de esta fijación, al hablante, comúnmente docto, le basta con recurrir a ese repertorio de fórmulas ya codificadas y aplicar la apropiada a una situación análoga a la que se produjo o quedó fosilizada.

Pero, para que la expresión formular sea entendida, es imprescindible que emisor y receptor pertenezcan al mismo nivel lingüístico, pues es entonces cuando, al establecerse entre ellos una corriente comprensiva del mensaje, cifrado sólo en apariencia –aunque, evidentemente críptico para el lego–, aquél queda desvelado para su destinatario, incluso en el sentido trópico o figurado que encierra. De ordinario, el refrán o el adagio constituyen un pensamiento completo, una oración, mientras que la frase –como enseña la gramática– es un trozo o segmento oracional que puede adquirir un sentido comprensible como unidad de significado, al menos en su poder sugerente. Dicho de otra manera: el modismo siempre tendrá menor entidad lingüística que cualquier tipo de paremia, pero nunca le será inferior en capacidad paremiológica.

Así las cosas, todo lo expuesto resultaría normal si no fuera porque en la gestación de algunas frases se ha procedido de modo impropio y sin el rigor científico requerido, aunque sólo afecta por fortuna a la forma, no a su expresividad significativa. Este es el caso de las dos frases que se van a estudiar aquí y que parecen exigir un tratamiento formal más depurado en pro de la honestidad intelectual y veracidad de los hechos. En un publicista, el refrío textual resulta de todo punto indecoroso, máxime cuando las fuentes documentales están siempre abiertas a cualquier investigador. Lamentamos el tono censorio de este trabajo por su carácter de denuncia y condena de ciertas actitudes nada éticas, como se verá al final, y que con toda probabilidad no tienen ya remedio.

## EL «VELO» DE PENÉLOPE

Es frecuente aplicar esta locución a una obra que no avanza en su ejecución, poniendo como pretexto una respuesta dilatoria además de especiosa.

Es lo que hizo Penélope con los pretendientes que aspiraban a casarse con ella y, de ese modo, suceder en el gobierno de Ítaca a Ulises, ausente tanto tiempo de su patria. Pese a los 19 años transcurridos entre su participación en el sitio de Troya y su vuelta a la isla, su esposa, la fiel Penélope, nunca perdió la esperanza de que algún día regresaría; pero, aun así, debía elegir ya a uno de los pretendientes como consorte para que asumiera el mando del reino y la administración de sus propiedades (1).

(1) No deja de ser una circunstancia institucional extraña esta que se percibe en *La Odissea* con respecto a Ítaca y sus gobernantes, no asemejable a ningún otro reino o ciudad de la Grecia de aquella época micénica. Y es sumamente rara porque, para la transmisión dinástica

Ante sus repetidas instancias, recurrió al siguiente artificio: puso como condición que, cuando terminara de tejer un «velo» que tenía entre manos, tomaría al fin la decisión solicitada. Mas el día no llegaba porque su labor diurna era neutralizada una y otra vez en el transcurso de la noche, destejiendo lo hecho –hay, incluso, quien ha pensado en una simbólica tentativa de Penélope por detener el tiempo– (2). Entre tanto, los pretendientes, sin prisas, pasaban los días en el palacio de Ulises en continuos festines a costa del peculio de éste y refocilándose con las esclavas desleales e impúdicas. Hasta que ellas, con su indiscreción, descubrieron la estratagema de su ama. Pero entonces ya era tarde, ya estaba Odiseo en el palacio dispuesto a tomar venganza de tan molestos y gravosos huéspedes... (3).

Sin embargo, a decir verdad, el velo no era tal, aunque la tradición haya propalado dicha especie. Homero usa en *La Odisea* cuatro nombres distintos (4) para designar el llamado «velo», pero nunca con ese significado; unas veces, en sentido amplio, se habla de una «tela» o «pieza de tela», frente a la denominación concreta de «sudario» o «mortaja» con que aparece en otros pasajes. En efecto, se trata de la mortaja o sudario destinado al anciano Laertes, el padre de Ulises.

Estamos, pues, ante una impropiedad lingüística transmitida no sabemos cuándo ni por qué; el caso es que esa es la versión que circula cuando se la invoca en las citas corrientes...

## LA «CAJA» DE PANDORA

El mito de Pandora figura al final del de Prometeo como episodio complementario tal como aparece en la versión (única) que nos ofrece el poeta Hesíodo. En su conjunto, el mito es de una gran riqueza simbólica no sólo por tratar del origen del fuego, con su transcendental significado (como en toda cultura antigua), sino por sus concepciones en materia religiosa: Pro-

---

del rey supremo o *ánax* (en este caso, Ulises u Odiseo), éste ya tenía su heredero legítimo en la persona de su hijo Telémaco. ¿Por qué, pues, habían de pretender ocupar el puesto los demás aristócratas o nobles (*basileüs*) del reino? Habría que pensar en una situación inventada por el autor del poema para poder justificar –literariamente– el papel de los pretendientes en la obra y el castigo que Odiseo les inflige.

(2) I. PAPADOPOULOU-BELMEHEDI: *Le Chant de Pénélope. Poétique du tissage féminin dans l'Odysée*. París, 1994.

(3) *Odisea*, vv. 21.140-434 y 22.1-389.

(4) A saber, *histón*, *pháros*, *taphéion* y *speïron*.

meteo es un Titán (5) concebido y presentado además como el sufrido benefactor de la Humanidad (y, en cierta manera, como su redentor) y Pandora, como la primera mujer –la Eva griega–, para perdición de los mortales...

Prometeo, pariente del omnipotente Zeus y, por tanto, de origen divino como él, cierta vez llegó a engañarlo por su manifiesto amor a los hombres, quienes tampoco se libraron de la cólera del olímpico dios al negarles el envío del fuego. Sin embargo, Prometeo, en una nueva prueba de ese desinteresado afecto hacia el género humano, decide robarlo para provecho de éste. Pero tal delito genera un doble castigo. En adelante, Prometeo quedará encadenado a una roca mientras un águila le devora el hígado, que de noche se regenera en la misma proporción.

Para los hombres, el castigo será más «refinado»... He aquí la narración del poeta: (Zeus) «ordenó al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua, infundirle voz y vida humana y hacer una encantadora figura de doncella semejante en rostro a las diosas inmortales. Luego encargó a Atenea que le enseñara sus labores, a tejer la tela de finos encajes. A la dorada Afrodita le mandó rodear su cabeza de gracia, irresistible sensualidad y halagos cautivadores; y a Hermes, el mensajero Argifonte, le encargó dotarla de una mente cínica y un carácter voluble... y configuró en su pecho mentiras, palabras seductoras... y puso a esta mujer el nombre de Pandora porque todos los dioses le concedieron un regalo» (6).

Prometeo –nombre que significa «el providente»– previene a su hermano Epimeteo («el postvidente») de que no debe aceptar regalo alguno de parte de Zeus porque es consciente de su solapada astucia. Pero Epimeteo –el torpe, o sea, la torpeza humana– se olvida de la advertencia, y se queda con la gentil Pandora, la hace su esposa y, como Eva, será causa de los males que padece el género humano.

Hasta aquí los precedentes del mito de Pandora. A partir de ahora hay que poner orden y rigor en el empleo exacto de la terminología, porque Pandora no viene con las manos vacías, sino portando ¡una vasija! –no una

---

(5) Los Titanes pertenecieron a la primera generación de dioses y disputaron, excepto Prometeo y Océano, el gobierno del mundo a los dioses olímpicos (Zeus, Hera, Posidón, Apolo, Atenea, etc.), que desde entonces lo tuvieron. El pasaje que narra el combate se conoce con el nombre de «Titanomaquia» y comprende los versos 132-82 de la *Teogonía* hesiódica.

(6) Trad. de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez (En *Hesíodo*. «Obras y fragmentos», Madrid, Gredos, 1978 (reimpr. 1983).

caja–, como se suele decir (7). Picada por la curiosidad, la destapa y las penas se esparcen por el mundo. Menos mal que cierra a tiempo, y queda aprisionada dentro la Esperanza, que es el único bien, aunque contingente, virtual e incierto que le queda al hombre... (8).

Vuelve a comprobarse, pues, que, como en el caso de «el velo de Penélope», una tradición espuria ha incurrido en otra incorrección léxica al deformar el texto del relato hesiódico, que es el auténtico (9).

El mito tiene su variante en Homero (10), pero con la diferencia siguiente: coincide, no obstante, con Hesíodo en el dato de la vasija, aunque en la versión homérica son dos; una contiene los bienes y la segunda, los males. Zeus hace una mezcla con ambos: ¡feliz aquel que recibe la mezcla porque tan pronto se topa con unos como con otros, pero desdichado el que sólo encuentre males...!

Creo que la narración hesiódica es bien explícita, pero, por si acaso no, aclaremos que el giro en cuestión es válido para aquellas personas cuya malsana curiosidad puede ocasionar un daño plural imprevisto.

---

(7) Es lamentable que un libro (por lo demás, interesante) como *A buen entendedor...*, de M. CANDÓN y E. BONNET, abunde en ese disparate que ha terminado por generalizarse en el habla común, error que no para aquí, pues, según la versión de las autoras, la advertencia de Prometeo va dirigida a Pandora misma, no a Epimeteo; por si le faltara algún condimento al guiso, dos de los dioses griegos que asisten a Pandora no son Atenea y Hermes, sino –¡anacronismo garrafal!– sus correspondientes latinos Mercurio y Minerva (pág. 273). A la vista de tan graves inexactitudes, se siente el deseo irreprímible de decir ¡*Apaga y vámonos!*, locución que también se glosa en la pág. 44 de su *Diccionario de frases hechas de la lengua castellana*, Madrid, Anaya-M. Mucchnik, 1993.

(8) Para A. Buitrago (*Diccionario de dichos y frases hechas*. Madrid, Espasa Calpe, 1995, pág. 222), además de cometer los mismos despropósitos teonímicos, «Epimeteo... custodiaba una bellísima caja que prohibió abrir a Pandora» (sic)...

(9) Hesíodo, *Teogonía*, 571-602 y *Trabajos y días*, 42-105.

(10) *Ilíada*, 24. 527-33.